

El brillo de la luz en medio de la oscuridad

BASILIO CASANOVA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Biografía de la luz
Pablo d'Ors

Galaxia Gutenberg, 2021

El ángel

Biografía de la luz consiste en la lectura, en clave interior, de ciento cinco pasajes del Nuevo Testamento. Cada capítulo comienza con la reproducción de uno de esos fragmentos.

Los evangelios constituyen para el autor un mapa de la consciencia. Una cita de Jung, que es toda una declaración de principios, abre el libro: *Aquello que sucede en la vida de Cristo, sucede siempre y en todas partes*.

Todo comienza para José, para María, para Isabel, para Ezequiel, con la bajada de un ángel, arquetipo del espíritu que da salud –saluda– porque “deja que hable el inconsciente”. El ángel, nos dice d'Ors, “nos visita y lo pone todo patas arriba”. Hoy nadie cree los ángeles porque “Nadie tiene verdadera fe en que el ego pueda ser

realmente vencido”. Preferimos –lo prefiero el yo– aferrarnos a lo ya conocido.

La sagrada familia es, para el autor de *Biografía de la luz*, nuestra permanente aventura interior, la misma ante la que se arrodillaron, siempre abiertos a la vida, pastores y Magos. María es cuerpo virgen y sagrado; José, mente consciente; el Niño Jesús, espíritu. Y no podía faltar Herodes, ese ego siempre dispuesto a acabar con la santa inocencia.

Muchos de los pasajes evangélicos reproducidos en el libro que nos ocupa son iluminaciones. Pero, como aclara d'Ors, “no se enciende una lámpara para guardarla luego en un cajón”. La luz debe ser transmitida. Cristo, Buda, son buenos ejemplos de ello.

El desierto

El desierto vendría ser al cristianismo lo que la vacuidad a las tradiciones orientales. Es la otra cara del jardín. Como la potencialidad es, para la mente búdica, la

otra cara de la vacuidad. Somos una “caña agitada por el viento”, un envoltorio frágil, vacío por dentro. Y, sin embargo, sólo en el vacío puede *sonar la música del espíritu*. En el desierto no hay nada que hacer, sólo ser. En esa desnudez, dice d’Ors, no queda ni el consuelo de la palabra *desierto*, que debe también ella desaparecer. *¿Quién oye el viento que se cuele en la caña?*

En el desierto aguarda la tentación del *dia-bolo*, que ataca siempre por el flanco más débil. Toda tentación mental es “una distracción biográfica”, una pérdida de atención. Y la primera de las tentaciones es querer que el mundo se adapte a nuestro capricho, “no dejar que las cosas sean sencillamente como son.”

La meditación

Meditatio, palabra latina cuyo significado es “stare médium”, quiere decir “permanecer en el centro”, en nuestro Jericó particular.

Meditar es hacerse consciente de que viajamos en una cinta transportadora que, como el Cordero de Dios, asume un destino desconocido. Pero lo hace a sabiendas de que esa noche oscura que aguarda, ya ha sido vencida. Porque a Jesús no le quitan la vida, sino que la da, la entrega porque sabe que *fuera del arca de Noé, sólo hay diluvio*. Ser mansos es confiar en lo que hay y experimentar a fondo la compasión: “saber que todos somos corderos.” Meditar es, en palabras de Pablo d’Ors, prepararse para morir –silenciarse, vaciarse, eliminarse, “desapropiarse de lo que consideramos propio.” Ser corderos

para, “tras ser degollados, convertirnos en palomas.”

El maestro

Al maestro se le reconoce, dice d’Ors, porque nunca apunta a sí mismo, sino “al maestro interior que todos llevamos dentro”. Su triple misión consiste en favorecer el *desasimiento y la experiencia del misterio*, en trazar un sencillo itinerario y “desaparecer para que aparezca la vida”.

El padre común

Si hay un Padre común es que hay motivo para la confianza, es que merece la pena confiar en lo real. Porque el Padre, Fuente suprema, se alegra de que seamos. Uno de los problemas actuales lo constituye para d’Ors, “la pérdida de la experiencia de la filiación”, consecuencia a su vez de haber matado al padre. Ponerse, como hace el *hijo pródigo*, camino hacia al padre es caminar hacia la verdadera libertad –“a cada paso caminaba hacia sí mismo”. Todos somos el hijo pródigo que ha dilapidado lo que Dios ha puesto en sus manos, esperando encontrar fuera lo que “sólo podemos encontrar dentro”. El vacío lleva a Dios, porque “lleva a vaciarse de todo lo que no es Él”.

El silencio

Pablo d’Ors ve en lo religioso un modo de gratitud, una forma de disfrutar de la vida y de reconocer con alegría lo recibido: cada instante es un don. Disfrutar es la forma de olvidarse de uno mismo y de ser uno con lo disfrutado. Eso explicaría la importancia del banquete –*eurcaristía, chöd*,

ganapuja— y del sexo como formas de comunión donde quien se ofrece es uno mismo.

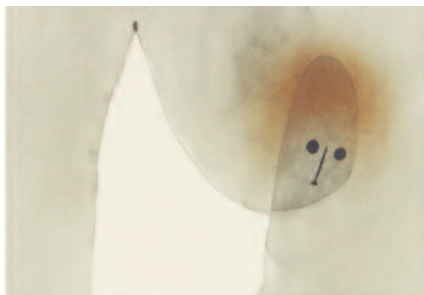
Todos los grandes hombres, dice d'Ors, han sido o son silenciosos. Callar es un acto de respeto a lo real, como cuando entramos a un mortuario. Respetar lo que está pasando para darnos cuenta, así, de que está pasando. Porque lo importante no es lo que uno está viviendo, sino el hecho de que lo vive. Callarse puede ser un signo de rendición ante lo que se manifiesta, un gesto de humildad, un homenaje a lo Real. Es lo mental lo que debe ser silenciado; es la mente la que debe ayunar.

Sólo así la palabra puede devenir sagrada, vehículo de comunión, alimento del alma. Del silencio interior es de donde nacen las palabras que ayudan a ahondar en el misterio de lo real. Porque, “una palabra oportuna es un don incomparable”.

El amor

El amor “no se piensa, se vive”, escribe. Lo hermoso no es nunca fruto de la reflexión ni de la voluntad, sino de la gracia; no es resultado del esfuerzo, sino un regalo inesperado. De ahí la importancia de conectarse con la Fuente: no debemos ir a ninguna parte, tenemos todo lo que nos hace falta.

Pero necesitamos ser heridos de muerte, sin posibilidad de dar marcha atrás, porque “el texto que somos y que espera ser escuchado no puede resonar sin un contexto de éxodo y de riesgo”. *Amar es soltar la paloma que llevamos dentro.*



Pablo d'Ors
Biografía de la luz



No soportamos ser amados, nos resistimos a dejar que nos laven los pies porque “no queremos lavar los pies de los demás”.

Los milagros

En los evangelios los milagros se suceden, porque forman parte de la buena nueva. En el de las bodas de Caná, cuerpo y mente se unen gracias al espíritu, el corazón. Faltaba Cristo, faltaba Él, “el vino en la fiesta”. Solo entonces es posible la unión.

El milagro de los panes y los peces es el milagro de *lo que hay*: “El milagro es siempre a partir de lo que hay”, que es siempre más de lo que parece a primera vista.

Todos llevamos en nuestra Betania interior a un Lázaro, un muerto a quien el Amigo Jesús dice *¡levántate y anda!* O una buena samaritana que se resiste, incrédula, a beber del pozo del agua de la vida –Jesucristo.

Somos también ese samaritano que *vio* y se *compadeció* del bandolero, porque se dio cuenta de que el malherido no era otro, sino él mismo; que su sufrimiento era el suyo.

Somos ese fariseo que se queda siempre en lo exterior y juzga solo por las apariencias. O ese Nicodemo que sólo al final comprende que “la vida es un inicio permanente” y que todo comienza a cada instante.

O ese Pedro que negó a Cristo tres veces. Su historia, la de Pedro, escribe d’Ors, “es la historia de cómo un ego va cediendo hasta finalmente quedar vencido”; la historia de un auténtico despertar.

O ese Judas cuya oscuridad no acaba en luz, como le sucedió a Pedro, sino en una oscuridad todavía mayor. O ese Pilato que, con talante *pusilánime* –*descomprometido y huídizo*–, no quiere saber qué es la verdad. Incluso más: “Nosotros, hijos de la Modernidad, no queremos ni oír hablar de la verdad”.

El mundo es un milagro constante, pero ¡hay que verlo y oírlo!: *¡Maestro, que ven!*, grita el discípulo. Pero para ver antes hay que confiar; el salto, dice d’Ors, es la condición de la visión. *¿Es eso todo, no hay algo más?* Cómo nos cuesta conformarnos con ver que un árbol es un árbol.

Quien de verdad ve algo, lo ve todo, porque, y ésta sería para d’Ors una definición posible de mística, “cualquier cosa es todo”.

Las parábolas

El lenguaje lleno de metáforas de las parábolas, “nos acerca a una realidad a la que no podríamos acceder de otra forma”. Metáforas de ese *yo profundo* que los creyentes llaman Dios y al que solo tenemos acceso cuando el ego es desalojado, es decir, cuando ya no queda rincón alguno, como escribió Simone Weill en *La gravedad y la gracia*, desde el que poder decir yo. Es entonces, afirma d’Ors, cuando “emerge sobre las aguas la figura del Salvador”, el Ser que somos, más allá de nuestras circunstancias y “con independencia de cualquier mar agitado”.

Muerte y resurrección

La muchedumbre, esa masa de ideas y pensamientos a la que llamamos mente, es la que enjuicia –*No juzguéis y no seréis juzgados*– y condena a Jesús, la que no deja de flagelar(nos) incesantemente.

En el núcleo de todo dolor, señala d’Ors, está Cristo, “que ya ha pasado por ahí y que lo ha redimido”. En ese sentido, el *Dios mío, Dios mío me has abandonado* representa ese punto de ignición en que Jesús muere a Dios para llegar hasta Él. La entrega definitiva del yo, su muerte, es simbolizada en la imagen del sepulcro vacío –“la fe cristiana nace en un sepulcro vacío”– sobre el que se sienta, tras hacer rodar la piedra, de nuevo un ángel del Señor. Quedan solo las vendas y el sudario, hue-

llas tangibles del amor al Amado, formas de acceso al Fondo.

¡Noli me tangere! –no me toques. “No te identifiques con ninguna imagen ni con ninguna idea por hermosa que te pueda parecer”. Y menos, por supuesto, con la idea de Dios. Si encuentras a Buda en el camino, mávalo –reza un dicho budista. Dios, decía el maestro Eckhart, es *el fruto de la nada*.

Hay que ir al lugar de la muerte para saber de la vida. Sólo asumiendo la oscuridad –noche oscura del alma, la llamaba San

Juan de la Cruz, “luz que todavía no lo sabe”, la llama d’Ors– es posible hallar la luz, que está siempre en el más profundo centro de nuestra sombra. Porque la luz es oscuridad alumbrada (Dios, de hecho, significa luz –de la raíz *diw*, *brillar*¹–), lo único real.

Sentado junto al Padre, “el Hijo del Hombre medita”, Él es Atención suprema: no se ha ido a ninguna parte, sino que permanece en quietud, Aquí², entre nosotros.

1 MELLONI, J. (2018): *Perspectivas del Absoluto. Una aproximación místico-fenomenológica a las religiones*, Barcelona, Herder.

2 Como señala Javier Melloni en su reciente *De aquí a Aquí. Doce umbrales en el camino espiritual* (Kairós, 2021), “en la tradición budista, las personas realizadas son llamadas los *tathagatas*. Son aquellas personas que «han alcanzado el Aquí (*tatha*)»”.